

CAPÍTULO VII

Movimientos sociales, emoción y acción

Por Lucía Benítez Eyzaguirre

1. Las emociones de la razón

La modernidad entendió que el proceso civilizatorio estaba ligado a la negación de las emociones, lo cual condicionó la mirada científica y académica con la que las ciencias sociales enfatizaron el valor racionalista y cuantitativo en la investigación, mientras ignoraban la complejidad de los procesos y la ambivalencia de sus diagnósticos. El avance científico se apoyó exclusivamente en el desprecio de las soluciones del pasado, una actitud que se interpretaba “de progreso” pero que ocultaba una visión simplista y polarizada de la realidad. El cambio en las ciencias sociales permitió integrar los mecanismos causales en la interpretación de la realidad, pero aun así sólo la visión emocional desvela dinámicas que han quedado ocultas bajo explicaciones rígidas o simplistas de los movimientos sociales (Jasper, 2012: 59).

Elias (1987) ha entendido que el control sobre el mundo emocional formó parte del proyecto de civilidad y de disciplina, mientras que Nussbaum (2008) defiende que lo emocional

contribuye a la individualidad. Durante las últimas décadas, esta cultura individualista ha exaltado la autoestima como un elemento esencial de la competitividad social, de las identidades y de la subjetividad, amparándose en una psicología que había abandonado la etiqueta social.

Dentro del avance de las relaciones entre la racionalidad y las emociones, Damasio (2008) mantiene la necesidad de integrar la neuropsicología y la biología en las ciencias sociales, para comprender la complejidad de los vínculos de cohesión de los sujetos. La capacidad adaptativa de lo emocional se ha desarrollado a partir de características genéticas y bioquímicas, pero su transformación social y cultural ha tenido una impronta en las percepciones, actitudes y creencias, de gran peso en los procesos comunicativos y educacionales.

Los vínculos entre el campo social y las emociones son un cauce de realimentación reflexivo (Hochschild, 2008), donde la visión colectiva termina condicionando los sentimientos posibles. Los significados emocionales están, por tanto, determinados por las normas y se manifiestan según las creencias, costumbres, tradiciones, ideologías y prácticas culturales con las que se interpretan la realidad, las situaciones y los acontecimientos. Todo ello influye en la intensidad, la duración y la dirección de las expresiones y de la acción política (Hochschild, 1975: 288). Las interacciones a menudo tratan de solventar los conflictos con resistencia o imaginación para encontrar coherencia (Cebeiro, 2008: 184). Estos planteamientos permiten enlazar la subjetividad y la realidad social de forma que la emoción se interpreta como un elemento independiente de las circunstancias, mientras se entiende que guarda relación directa con la interpretación subjetiva que cada individuo realiza de ese determinado contexto.

2. La dimensión emocional de las estructuras de poder y control social

Las emociones son elementos de peso en la estructura, en los procesos de control y sanción social (Bericat, 2000: 162), hasta el punto de configurar modelos concretos ideológicos y de orden respecto a clases, poder y género. Los sistemas de poder fragmentan el mundo y manipulan su reconstrucción, presentando lo artificial como algo natural mediante la determinación de opciones, la reducción de la incertidumbre, el aislamiento simple del cálculo racional y el aislamiento de los individuos (Bauman, 2005: 27 y 281).

Los sistemas ideológicos ocultan, en muchos casos, los efectos de la ambivalencia, de las emociones y, sobre todo, de las estrategias del poder que han arraigado en diferentes dimensiones de la comunicación, cuyo impacto resulta especialmente significativo para la conceptualización de la identidad, el control social y el campo político. Por tanto, las emociones forman la vivencia y la lectura de la realidad: “Los poderosos y quienes carecen de poder viven diferentes mundos, no sólo físicos y sociales, sino también emocionales” (Hochschild, 1975: 297). En el mismo sentido, Jasper (2012: 56) apunta: “Las emociones que son medios útiles para los líderes pueden ser perjudiciales para las bases en tanto individuos”.

A partir de la conexión entre emociones y pensamiento racional, Damasio (2008: 14) defiende que el mundo emocional forma parte de la guía cognitiva de los sujetos, ya que se registra la influencia de los impulsos biológicos en procesos sociales como la conformidad, la obediencia, o el amor propio (Damasio, 2008: 151 y 225). Dado que en muchas de estas expresiones hay un marcado peso de los valores culturales y sociales, se registran conflictos y discrepancias que limitan la capacidad de acción

de los sujetos. En el origen de la cuestión se encuentra la ‘disonancia cognitiva’, un proceso psicológico cuyo origen está en la dificultad de aceptar ideas que discrepen de los sentimientos y conocimientos previos (Castells, 2009: 199). El efecto paralizante de la ambivalencia que genera la disonancia cognitiva no permite dirimir entre acciones alternativas, ya que el proceso de evaluación de las opciones es invalidante (Bauman, 2005: 19), y difícilmente se resuelve salvo con el rechazo de alguno de los valores que entran en conflicto.

Para la superación de este escenario, Damasio (2008: 6 y 205) cree que el estudio de la forma en que conectan las emociones y los sentimientos permite avanzar en la predicción de resultado, y así establecer mecanismos de equilibrio entre los sistemas biológicos y los sociales. Ese campo amplio que se abre entre el “conflicto humano y una explicación más global de la creatividad” coincide con la propuesta de Maffesoli (2009; 2004: 83 y 97) para superar el individualismo con atención a las necesidades colectivas a través del reencantamiento del mundo, donde las diversidades se integran de forma horizontal a través de mitos, sueños y fantasías con gran presencia en lo emocional: “Frente a la anemia existencial suscitada por un social demasiado racionalizado, las tribus urbanas destacan la urgencia de una unión empática: compartir emociones, compartir afectos” (Maffesoli, 2004).

En este sentido, se puede interpretar también la forma en que se ha gestionado la identidad como confrontación, a través de la creación de sistemas y posiciones irreconciliables (Bartolomé, 2006: 30), ‘políticas de la diferencia’ (Sierra, 2003: 193-195) que naturalizan sistemas de poder. Las identidades también se pueden entender como aspectos relacionales, variables, de carácter dinámico y creativo, a modo de ‘autoinvenciones’ o de representaciones sociales que integran actitudes y creencias, puesto que

se trata de expresiones discursivas y emocionales (Barker, 2003: 248, 276-277). Por ello, los movimientos de resistencia desarrollan una gran capacidad creativa para sus prácticas culturales al margen de las imposiciones dominantes, como comunidades contrahegemónicas (Dietz, 2003: 18). La cohesión colectiva se densifica en el intercambio comunicativo, mucho más intenso con la conectividad móvil, y abre la utópica posibilidad de un escenario de contestación al orden existente.

Los imaginarios orientan los procesos decisorios a través de la percepción y las narrativas que establecen los nexos de inferencia lógica (Damasio, 2008: 203). Entre ellos, cobra una especial importancia la imagen, porque fija y constriñe el pensamiento, limita las opciones en la resolución de problemas, desarrolla profecías autocumplidoras y organiza nuestras preferencias (Watzlawick, 2008: 47, 56, 67 y 70-75). También, claro está, la imagen contribuye a los efectos emocionales, hasta el punto de haberse convertido en “una de las herramientas de movilización más poderosas”, tal y como se ha constatado en el análisis de los primeros momentos de los más recientes movimientos sociales (Castells, 2012: 214).

3. La sociología de las emociones

La sociología de las emociones contribuye al conocimiento de los procesos sociales que se construyen a partir de prácticas comunicativas, ya que las emociones determinan las acciones y, en su papel cognitivo, dirigen las percepciones, las expectativas, los pensamientos y las acciones. Todos estos factores tienen un peso a la hora de analizar el contexto actual de la combinación de producción y consumo que consolida los rituales de la comunicación simbólica entre sujetos. Las emociones conducen la

atención, estimulan la participación y la intervención de lo colectivo: son el vehículo de la interacción, así como el nexo de la unión entre los sujetos.

Hochschild (2008) centró su análisis de la sociología de las emociones en las estructuras sociales y la subjetividad, en el control colectivo que producen las ‘normas emocionales’ (*feeling rules*) como modos adecuados de sentir, y en el impacto que tienen sobre la ambivalencia con que se vive la desviación de los mismos. En su conceptualización, las emociones determinan las acciones a través de las expectativas previas. Estas influencias vienen determinadas porque damos el mismo valor a los sentimientos, al pensamiento y a la acción: “Hacemos la simple asunción de que lo que sentimos es tan importante como lo que pensamos o lo que hacemos para el resultado de la interacción social” (Hochschild, 2009: 117).

Al igual que en otras especies animales, las emociones regulan la comunicación cuando se procesan los sentimientos en el razonamiento, debido a la participación de las neuronas espejo—esenciales para la sincronía en las acciones y que están en el fundamento de la imitación y la empatía— cuyos patrones son la base de la comunicación emocional.

A pesar de los avances proporcionados por la sociología de las emociones, el estudio de los movimientos sociales precisa de una teoría general sobre la acción política que incluya los sentimientos a la hora de comprender los vínculos de la cohesión, el compromiso o la lealtad, pero también el papel de la interacción, la participación, la motivación, las expectativas y las experiencias basadas en los estados de ánimo, en los afectos que construyen las normas morales y políticas (Jasper 2012: 56).

4. Los cambios en la comunicación y en las emociones

Las posiciones normativas siguen dominando los campos de la educación y la cultura, a pesar de las evidencias del impacto en estos procesos: “*No hay comunicación humana que no contenga en su seno una estructura de componentes cognitivos, valorativos y emotivos*”¹. Sin embargo, las ciencias de la comunicación, impasibles, siguen haciendo caso omiso de todo lo que no sea cognición” (Bericat, 1999: 228). De ahí la importancia de una actuación conjunta desde diferentes disciplinas para abordar la socialidad, en el contexto de estos tiempos de conexión y contactos transculturales que amplían las opciones comunicativas por encima de las propuestas mediáticas: “Los medios son el marco de una *experiencia vital* propia de la posmodernidad, así como de sus *estructuras emocionales*” (Bericat, 1999: 245). Frente a ello, la teoría de la comunicación social se ocupó de la producción informativa como un elemento externo de las dinámicas sociales y de la acción colectiva, es decir, estudió los medios pero no las mediaciones (Martín-Barbero, 2003).

Ahora, la posibilidad tecnológica ha dibujado un escenario en el que la información es una condición necesaria pero no suficiente para la creación de una comunidad. Las prácticas comunicativas transforman la información en conocimiento y, por tanto, a través de un proceso más extenso, complejo y multidimensional, contribuyen a la regulación de las percepciones. Más allá de la información, la interactividad y la web social esta-

1 En cursiva en el original.

2 Cursivas del original.

blecen un diálogo y un intercambio de opiniones y sensaciones, orientando el sistema de necesidades que determina la acción y fomentando los vínculos entre el proceso y los resultados.

En la comunicación se incorporan valores fruto de la subjetividad y la intersubjetividad, y a partir de los sentimientos y las interacciones, con el razonamiento y la conciencia, se valoran las percepciones. Estos intercambios de la comunicación dependen de la estructura organizativa, bajo el principio de que “*somos redes conectadas a un mundo de redes*” (Castells, 2009: 193). Con este planteamiento, queda claro que el estudio de los flujos de la red, es decir, de los procesos comunicativos, permite avanzar en la forma en que se logra amplificar los efectos de la comunicación y de la acción política, a partir del efecto de la relación de las redes internas y externas alrededor del proceso de toma de decisiones: “El cambio social es el resultado de la acción comunicativa que supone la conexión entre redes de redes neuronales de los cerebros estimulados por señales del entorno de la comunicación a través de las redes de comunicación” (Castells, 2012: 210; y 2009: 196 y 200-201). De esta forma, se entiende que la densidad emocional de los fenómenos colectivos determina su repercusión en intensidad y alcance.

5. El contagio emocional como energía de la movilización social

La emergencia de fenómenos sociales que se manifiestan con diferente alcance e intensidad, lleva a plantear los elementos diferenciales entre sus resultados en función de la cohesión, el valor de lo colectivo y la creación de comunidad, expresiones todas estas de los elementos de atracción y las formas cooperativas que impulsan la simpatía y la empatía. Diferentes autores se ocupan

ahora de la génesis e impacto de estos fenómenos esta cuestión desde diferentes disciplinas, así como con enfoques teóricos y empíricos.

En la movilización ciudadana, las emociones se encuentra en el núcleo de sus dinámicas, como define Castells (2012: 30): “Desde el punto de vista de los individuos, los movimientos sociales son movimientos emocionales [...] El *big bang* de un movimiento social empieza con la transformación de la emoción en acción”. Los lazos emocionales, cargados de vínculos recíprocos —canalizados por las prácticas comunicativas que tejen espacios de consenso—, orientan los imaginarios y encauzan la dimensión política de las personas, produciendo otras formas de poder validadas por las energías de lo común. Los sujetos se empoderan fuera del control jerárquico a partir de la organización autónoma de interacciones e intercambios, y llegan a lograr la reinención y la innovación a partir de la flexibilidad y de la autonomía.

A través del estudio de la empatía, Rifkin (2010) profundiza en los vínculos y el contagio, en la inteligencia interpersonal que genera conexiones sociales a través de emociones generativas. En este enfoque, se entiende el evolucionismo como un paradigma que defiende el poder y el dominio como lógica social, mientras que la empatía plantea la lógica adaptativa en función de las interacciones en un sistema distribuido de control, donde se estimula la capacidad colectiva de la resolución de problemas. Las emociones sociales superan la primacía que, durante décadas, han tenido los valores individualistas —como la autoestima— y que han resultado empobrecedores tanto para la cohesión social como para su estudio. Las emociones sociales —como la empatía— plantean diferentes perspectivas a la hora de abordar escenarios complejos, e incluso para trazar líneas próximas a la utopía de una ética mundial en tiempos de la globalidad.

Collins (2009) integra los comportamientos colectivos, la co-

municación y la construcción de creencias en procesos de creación de valor en lo social que denomina ‘rituales de interacción social’. Estos rituales, para Collins, impulsan aspectos muy diferentes de nuestras vidas, ya que buscamos un mayor beneficio emocional, a modo de capital simbólico, a partir de las interacciones. Los rituales colectivos tienen un foco de atención común —a menudo a partir de prácticas de comunicación simbólica y de la interacción física—, donde se libera energía emocional con diferente intensidad según la solidaridad, el valor ritual y los propios sujetos que participan en ellos. La acción colectiva se estimula por el entusiasmo y los vínculos solidarios, a través de un conflicto entre las emociones y la atención, entendidas como valores en competencia para los sujetos.

6. Estructuras de la comunicación y la acción colectiva

La socialidad se refuerza a partir de la confianza y el compromiso, como los elementos de cohesión de los colectivos. De ellos dependerá su resultado que oscila entre los polos de la acción colectiva: el impulso de su dimensión política o bien la anulación y desintegración de la capacidad reivindicativa común. Desde un análisis enfocado a través de la capacidad adaptativa y de supervivencia, encontramos de nuevo las dos estrategias dominantes de lo social: la competencia y la cooperación. Durante décadas, a la hora de abordar al análisis de los movimientos colectivos, se ha profundizado en la capacidad de liderazgo; ahora es necesario integrar los diferentes modelos de cooperación que surgen a partir de la densidad de las interacciones (Granovetter, 1990). Entre ellos, los modelos derivados de la estigmergia, un sistema de autoorganización en el que se valora la solución colaborati-

va de problemas, en el contexto de interacciones múltiples y de control descentralizado que es propio de los movimientos colectivos. De la misma forma, frente a las estrategias de dominio, la estructura horizontal de la red cuestiona y erosiona el liderazgo formal en favor de la colaboración y la solidaridad (Castells, 2012: 215). Por tanto, la estructura de la red y de la organización influye en las dinámicas y en su difusión, así como en los vínculos emocionales de los sujetos que participan en ellas.

De una parte, están las redes de ‘mundo pequeño’, una estructura en que los nodos son alcanzados en un número corto de saltos, dando forma a su agrupación, como un modelo matemático que explicaría la intensidad —o coeficiente de agrupación— de su socialidad, y que resultaría diagnosticable a través de la figura de los clústeres. Los nexos y la creación de comunidad se explican en este caso por la proximidad ideológica o por los intereses comunes, mucho más intensos y de implicación personal, que estimulan la visión colectiva y su proyección.

De otra parte, está una estructura de ‘redes libres’ donde los vínculos son más distantes y menos intensos, debido a que los nodos presentan menor número de conexiones, aunque logran un alcance mayor y más aleatorio. En este caso, las ‘redes libres’ explicarían lo complejo de su viralidad potencial, dentro de una relación en la que se registran dinámicas de contagio. En ocasiones, la suma de la intensidad y el alcance potencia el efecto contagio, aunque su dinámica no es de carácter lineal, sino que se registra a modo de oleadas turbulentas e imprevisibles de expresión política de amplia difusión.

A la hora de estudiar los movimientos sociales, Castells (2012: 30) se centra en la inteligencia afectiva, para concretar las emociones más importantes relacionadas con el comportamiento político y la movilización colectiva: son el miedo, como emoción negativa, y el entusiasmo, que destaca por su acción positiva. Alrededor del

entusiasmo, los movimientos sociales alcanzan su efervescencia como una energía de impulso y de proyección, nacida de la transformación de la indignación en esperanza. Y sobre la esperanza se logra el avance en la deliberación del espacio de la autonomía (Castells, 2012: 214). Pues el hecho es que los movimientos sociales comparten y se fundamentan en la cultura de la autonomía.

Bibliografía

- BARKER, C. *Televisión, globalización e identidades culturales*. Barcelona, Paidós, 2003.
- BARTOLOMÉ, M.A., *Procesos interculturales. Antropología política del pluralismo cultural en América Latina*. México, Siglo XXI Editores, 2006.
- BAUMAN, Z., *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona, Anthropolos, 2005.
- BERICAT, E., “El contenido emocional de la comunicación en la sociedad del riesgo”. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 87, pp. 221-254, 1999.
- BERICAT, E., “La sociología de la emoción y la emoción en la Sociología”. Universidad de Málaga. *Revista de sociología*, ISSN 0210-2862, N° 62, págs. 145-176, 2000.
- CASTELLS, M., *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid, Alianza Editorial, 2012.
- CASTELLS, M., *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial, 2009. Trad.: María Hernández Díaz.
- CEBERIO, M. R., “El círculo y las preguntas”, en Ceberio y M. R, Watzlawick, P., *Ficciones de la Realidad. Realidades de la ficción. Estrategias de la comunicación humana*, pp. 173-196. Barcelona, Paidós, 2008.
- COLLINS, R., *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona, Anthropolos Editorial, 2009. Trad.: Juan Manuel Iranzo.
- DAMASIO, A., *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona, Crítica, 2008. Trad.: Joandomènec Ros.
- DIETZ, G., “Introducción”, en Pérez Galán, B., y Dietz, G. (Eds.), (2003), *Globalización, resistencia y negociación en América*

- Latina*, pp. 9-40. Madrid, Libros de la Catarata, 2003.
- ELIAS, N., *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- GRANOVETTER, M. The Myth of Social Network Analysis as a Separate Method in the Social Sciences. *Connections*, 13. 1-2. 13-16. 1990
- HOCHSCHILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires, Katz Editores, 2008. Trad.: Lilia Mosconi.
- HOCHSCHILD, A.R., “The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities”, en Millman, M. y Kanter, R.M. (Editors), *Another Voice. Feminist Perspectives on Social Life and Social Science*, pp. 280 - 307. New York, Anchor Books, 1975.
- JASPER, J., “Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación”, en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad – RELACES*, 10, pp. 46-66. Córdoba, Argentina, 2012.
- MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México, Siglo XXI, 2004. Trad.: Daniel Gutiérrez Martínez.
- MAFFESOLI, M., *El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestro tiempo*. Buenos Aires, Dedalus Editores, 2009. Trad.: Ariel Shalom.
- MARTÍN-BARBERO, J., *De los medios a las mediaciones*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003.
- NUSSBAUM, M., *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones*. Barcelona, Paidós, 2008.
- RIFKIN, J., *La civilización empática*. Barcelona, Paidós, 2010.
- SIERRA, F. Bases de la política audiovisual europea. Sevilla: Mergablum “Edición y comunicación”, 2003.
- WATZLAWICK, P. “Algunas reglas para el diálogo” en Ceberio,

- M. R., col. Watzlawick, P, *Ficciones de la Realidad. Realidades de la ficción. Estrategias de la comunicación humana*, Barcelona, Paidós, pp. 63-68. 2008.
- WATZLAWICK, P. “Juegos sin fin en Ceberio, Marcelo R., col. Watzlawick, P., *Ficciones de la Realidad. Realidades de la ficción. Estrategias de la comunicación humana*, Barcelona, Paidós, pp. 53-62. 2008.
- WATZLAWICK, P. “La construcción de realidades en psicoterapia” en Ceberio, Marcelo R., col. Watzlawick, Paul, *Ficciones de la Realidad. Realidades de la ficción. Estrategias de la comunicación humana*, Barcelona, Paidós, pp. 37-52. 2008.
- WOLTON, D., *La otra globalización*. Barcelona, Gedisa, 2004.
Trad.: Irene Agoff.

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y COMUNICACIÓN CORPORATIVA

La revolución de la acción

Editor

Luis Gallardo Vera

Director

Carlos Giordano

Coordinadores Editoriales

Paula Porta, Bianca Racioppe
y Lucas Díaz Ledesma


Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación


Instituto de Investigaciones
en Comunicación

**NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES
Y COMUNICACIÓN CORPORATIVA**
LA REVOLUCIÓN DE LA ACCIÓN

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y COMUNICACIÓN CORPORATIVA

LA REVOLUCIÓN DE LA ACCIÓN

Editor
Luis Gallardo Vera

Director
Carlos Giordano

Coordinadores editoriales
Paula Porta, Bianca Racioppe y Lucas Díaz Ledesma



Nuevos movimientos sociales y comunicación corporativa : la revolución de la acción / Luis Gallardo Vera ... [et.al.] ; coordinado por Bianca Racioppe ; Paula Porta ; Lucas Gabriel Díaz Ledesma ; dirigido por Carlos Giordano ; edición literaria a cargo de Luis Gallardo Vera. - 1a ed. -
La Plata : Universidad Nacional de La Plata; Instituto de Investigaciones en Comunicación (IICOM), 2014.
E-Book.

ISBN 978-950-34-1149-0

1. Marketing. 2. Movimientos Sociales. I. Vera, Luis Gallardo II. Racioppe, Bianca, coord. III. Porta, Paula , coord. IV. Díaz Ledesma, Lucas Gabriel , coord. V. Giordano, Carlos, dir. VI. Vera, Luis Gallardo , ed. lit.
CDD 302.23

Diseño de tapa e interior: Jorgelina Arrien

Los artículos incluidos en esta compilación fueron sometidos a referato.
Convocatoria inicial a cargo de Paula Porta y Verónica Vidarte Asorey

 **Ediciones EPC**
de Periodismo y Comunicación

Derechos Reservados
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Primera edición, septiembre 2014
ISBN 978-950-34-1149-0
Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Se permite el uso con fines académicos y pedagógicos citando la fuente
y a los autores.
Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
PRIMERA PARTE - SOCIOLOGÍA CULTURAL	
CAPÍTULO I	
Los efectos de la sociedad postindustrial sobre la <i>praxis</i> emancipadora	
Por <i>Luis Gallardo Vera</i>	14
CAPÍTULO II	
Acción colectiva y movimientos sociales: modelos y teorías	
Por <i>Jacinto M. Porro Gutiérrez</i>	42
CAPÍTULO III	
La guerra por el sentido	
Por <i>Borja González Luna y Luis Gallardo Vera</i>	62
SEGUNDA PARTE - MARKETING Y COMUNICACIÓN CORPORATIVA	
CAPÍTULO IV	
El marketing y la comunicación corporativa en el Tercer Sector	
Por <i>Pedro Pablo Marín Dueñas y Luis Gallardo Vera</i>	84
CAPÍTULO V	
El uso del marketing y de la comunicación corporativa en los nuevos movimientos sociales.	
Por <i>Luis Gallardo Vera</i>	108

TERCERA PARTE - COMUNICACIÓN ALTERNATIVA

CAPÍTULO VI

Comunicación contrahegemónica, movimientos sociales y cambio social

Por *Lázaro M. Bacallao Pino* 122

CAPÍTULO VII

Movimientos sociales, emoción y acción

Por *Lucía Benítez Eyzaguirre* 142

CAPÍTULO VIII

Comunicación alternativa. Concepto y aplicaciones a los nuevos movimientos sociales

Por *Luis Gallardo Vera* 157

SOBRE LOS AUTORES 185